

EL MES DE MARÍA.

El amor filial que desde tiempos muy antiguos habia inspirado á los devotos de María santísima el pensamiento de consagrarle una hora cada dia, un dia cada semana, y una fiesta cada mes, les ha hecho concebir recientemente la feliz idea de dedicarle un mes cada año. Y como cuando se trata de hacer una ofrenda á una persona muy querida, se procura presentarle lo mas precioso y selecto, de ahí es que entre los meses del año se ha escogido el de mayo, el cual, por la admirable variedad de flores con que entonces se engalana la naturaleza, brinda al alma á adornarse con todo género de virtudes, formando de ellas como una hermosa corona para la gran Reina del universo.

Esta devocion, que pocos años há estaba circunscrita y como encerrada en algunos puntos de Italia, donde tuvo su origen, y solo era practicada en secreto por un reducido número de congregaciones y familias, en poco tiempo ha tomado un acrecentamiento tan asombroso, se ha hecho tan pública y universal, que casi podríamos decir que ha llegado á ser la gran devocion de todos los verdaderos cristianos. Ya no es solo en Italia donde se celebra con esplendor el mes de María, ya no es solo en esta ó aquella iglesia donde resuenan sus alabanzas en este dichoso mes: resuenan en el campo y en las ciudades, en los monasterios y en las casas, en las iglesias y en los talleres, en las cortes y en las aldeas, en Europa como en América, en el Asia igualmente que en África; viéndose cumplida á la letra aquella célebre profecía que la Virgen hizo acerca de sí misma cuando dijo,

que todos los pueblos de la tierra, y todas las naciones del universo la aclamarían bienaventurada: *Beatam me dicent omnes generationes. Obsérvese sino lo que pasa durante el mes de mayo, y se verá que en todas partes se levantan altares á la gran Madre de Dios, que de todos los puntos salen voces que la bendicen y la alaban, que en todos los lugares se le tributan obsequios de veneracion, amor y alabanza. La monja la alaba en el coro, el sacerdote en el altar, el labrador en su cabaña, el artesano en su taller, el noble en su palacio, y la piadosa madre de familia en el aposento mas lindo de su casa, rodeada de sus hijos.*

¿Y el cura? ¡Ah, cuán consolador es ver á muchos buenos Pastores reunir á sus amadas ovejas en torno del altar de María, rindiéndole allí todos juntos los tiernos homenajes de su amor y veneracion! ¿Qué de gracias, qué de favores pueden prometerse de una devocion tan santa, y de unos obsequios tan gratos á la Madre de Dios? Nos atrevemos á suplicar á todos los Curas párrocos, que por cuantos medios les sugieran su celo y piedad, procuren introducir esta devocion en sus parroquias, si aun no estuviere introducida; y conservarla y fomentarla, en el caso de estar ya instalada. Esta devocion nada tiene de difícil ni pesada: por el contrario, ya por la variedad de ejercicios que abraza, ya por los ejemplos que se leen, ya por las letrillas que se cantan, ya en fin por los sermones que se predicán, es quizá la mas dulce y agradable de todas; enseñando la experiencia que en aquellas parroquias donde se practica, los fieles suelen emprenderla con tal calor y empeño, que la siguen constantemente todos los dias, y la acaban con el mismo fervor que la comenzaron.

No juzgamos necesario explicar al cura la forma en que ha de celebrarse el mes de María; esta es cosa que la encontrará detallada en cualquiera de esos libritos que se han compuesto al

intento. A mas de que él podrá arreglar el programa como mejor le pareciere, atendiendo al número y calidad del vecindario. Lo que sí le recomendamos mucho es, que á lo menos en los dias de festa que tengan lugar dentro el dicho mes, predique sobre María santísima, exponiendo ahora una, ahora otra de sus excelencias. Y para que no haya de fatigarse en componer los sermones, se los pondremos aquí arreglados; advirtiendo que, como versarán sobre asuntos generales, podrán aplicarse á cualquiera festividad de María santísima, haciendo en ellos las oportunas modificaciones. Hélos aquí.

Amor de Dios para con María.

Una est columba mea, perfecta mea. (Cant. vi, 8).

Hablando Salomon sobre el número casi infinito de almas justas que en diferentes tiempos han florecido en la Iglesia, y merecido con sus virtudes ser las criaturas predilectas de Dios, no las coloca á todas en el mismo grado de predileccion, sino que pone entre ellas esta notable diferencia. Hay, dice, unas almas tan favorecidas del Señor, que en vista de las gracias raras que les dispensa, no parece sino que ellas son las reinas de la corte celestial: *Sexaginta sunt reginæ*¹. Otras hay, y en mayor número, á quienes el Señor, sin comunicárseles tan íntimamente como á las primeras, regala con favores tan grandes y exquisitos, que se les puede dar el título de amigas suyas: *Et octoginta concubinæ*². Otras hay, en fin, y el número de estas es casi infinito, que sin ser tan regaladas de Dios como las anteriores, reciben no obstante algunas pruebas de su amor y cariño, como que aun son jovencitas en el ejerci-

¹ Cant. vi, 7. — ² Ibid.

cio de la virtud: *Et adolescentularum non est numerus*³. Pero sobre todas estas criaturas que he dicho, hay una tan generosamente favorecida, tan tiernamente amada del Señor, que casi se podria decir que ella es la única querida y agraciada: *Una est columba, perfecta mea*.

¿Y cuál será, oyentes míos, esta dichosa criatura, cuál será? No hay que decirlo: vosotros comprendeis ya que es María santísima. En efecto, ella es á quien el Señor llama en los Cánticos, mi paloma, mi querida, mi predilecta: ella es á quien el Señor dice en los mismos Cánticos: Hasme herido el corazon, esposa mia, hasme herido el corazon, traspasándole con dulces flechas de amor: *Vulnerasti cor meum, soror mea sponsa, vulnerasti cor meum*³: ella es á quien el Señor dirige estas tiernas palabras: Es tanto lo que te amo, esposa mia, es tanto lo que te quiere mi corazon, que, sabiéndolo las otras almas, que tambien son mis esposas, te llenarán de elogios, y te aclamarán bienaventurada: *Viderunt eam filiae, et beatissimam prædicaverunt; reginæ et concubinæ, et laudaverunt eam*³. Esto, cristianos, deberia ser mas que suficiente para despertar en nosotros la mas tierna devocion hácia la Madre de Dios: porque si Dios la ama hasta el punto de preferirla á todas las demás criaturas, ¿no es justo que nosotros tambien la amemos, la honremos, y le profesemos un afecto tierno y filial? Sí, y voy á demostrarlo.

No hay que dudarlo, pues lo dicen expresamente los Libros santos: si se compara el amor que Dios tiene á María santísima con el amor que profesa á ese número casi infinito de almas justas que ha habido desde el principio del mundo, le ex-

¹ Cant. vi, 7. — ² Cant. iv, 9. — ³ Cant. vi, 8.

cede tanto, que parece que ella es la única criatura favorecida y agraciada. Y sino, hagamos comparacion entre ella sola y todos los demás Santos juntos. Pongamos á un lado á todos cuantos Santos ha habido y habrá desde Abel hasta el último predestinado : pongamos á Abrahan con todo el laudable número de patriarcas y profetas que sirvieron fielmente á Dios en tiempo de la ley natural y escrita ; á Pedro con todo el glorioso coro de apóstoles y predicadores que santificaron al mundo con el ministerio de la palabra ; á Pablo con todo el sacro colegio de doctores que ilustraron á la Iglesia con sus plumas ; á Estéban con todo el rutilante ejército de mártires que vertieron su sangre en defensa de la fe ; á Benito con toda la innumerable turba de anacoretas y confesores que como Ángeles de carne poblaron los desiertos ; á Tecla con todo el interminable escuadron de inocentes vírgenes que como azucenas purísimas florecieron en el jardin de la Iglesia : pongamos ahora á otro lado á María santísima por sí sola, ¡oh! es ella sin comparacion mas amada de Dios que todos aquellos Santos juntos. Nadie tenga esta expresion por exagerada, porque antes que yo ra ha dicho el inspirado Salomon : *Una est columba mea, perfecta mea.*

Mas sorprendente es todavía lo que dice san Bernardo, á saber, que es tan grande el amor de Dios para con María, que crió el universo en obsequio suyo, y expresamente para glorificarla : *Propter hanc totus orbis conditus est*¹ ; y sin embargo es una verdad tan cierta, que la misma Virgen la asegura en el libro de los Proverbios. « El Señor, dice, me poseyó desde «el principio de sus caminos, y mucho antes que emprendiese «la creacion del mundo : cuando se disponia á criar los cielos, «ya pensaba en mí : cuando echaba los fundamentos de la tier-

¹ D. Bern. Serm. 6 super *Salve Regina.*

«ra, ya me tenia presente : cuando formaba el mar, las islas «y los montes, ya se complacia en mí, como que yo era la «criatura predilecta á favor de quien lo criaba todo¹.»

Aquí me ocurre la historia de aquel militar romano, el cual amaba tan tiernamente á su madre, que todo cuanto hacia lo enderezaba á complacerla y darle gusto. Cuando peleaba hacia prodigios de valor pensando que, sabiéndolo su madre, quedaria satisfecha de sus proezas : cuando conseguia algun triunfo le daba toda la publicidad posible pensando que, llegando á conocimiento de su madre, se complaceria de su fortuna : cuando recibia algun nuevo grado en el ejército, á los aplausos y parabienes que le daban sus camaradas no daba otra contestacion que esta : ¡Qué gozo tendrá mi madre cuando esto llegue á su noticia! Mis caros oyentes : si para expresar el inefable amor de Dios para con María santísima pudiese servir algun ejemplo, el que acabo de citar seria el mas propio y oportuno.

Criaba Dios los cielos, y creándolos decia para sí : ¡Qué gozo tendrá mi Madre cuando se vea Reina de todos ellos! Criaba Dios el sol, y creándolo decia para sí : ¡Qué satisfaccion recibirá mi Madre cuando se vea revestida de la luz y claridad de este hermoso astro! *Mulier amicta sole.* Criaba Dios la luna, y creándola decia para sí : ¡Qué alegre estará mi Madre cuando vea que este grandioso planeta sirve de peana á sus reales piés! *Et luna sub pedibus ejus.* Criaba Dios las estrellas, y creándolas decia para sí : ¡Qué contenta estará mi Madre cuando se vea coronada de ellas como á Soberana del universo! *Et in capite ejus corona stellarum.* Criaba Dios la tierra, y creándola decia para sí : ¡Qué alegría experimentará mi Madre cuando oiga que de un cabo al otro todos sus moradores la aclaman bienaventurada! *Beatam me dicent omnes generationes.* Criaba

¹ Prov. VIII, 22.

Dios la rosa, la azucena, el plátano, el olivo, el cinamomo, el ciprés, el cedro, la palma, y creándolos decia para sí : ¡ Qué satisfecha estará mi Madre cuando vea que todas estas plantas sirven para expresar otras tantas excelencias suyas : la rosa la belleza de sus virtudes, la azucena la pureza de su concepcion, el plátano la frondosidad de sus méritos, el olivo la benignidad de su alma, el cinamomo el olor de su santidad, el ciprés la elevacion de su espíritu, el cedro la perpetuidad de su pureza virginal, la palma la gloria de sus triunfos!

Esto es admirable, oyentes míos ; y sin embargo no está todo aquí. No solo Dios crió todas las cosas en obsequio de su Madre, como he dicho con san Bernardo, sino que, tomando de cada criatura la principal perfeccion, las juntó todas en ella. Por esto se nota que siempre que el Espíritu Santo habla de María santísima, le da el nombre de las cosas mas perfectas y escogidas. Llámala rosa, por ejemplo, pero de Jericó, que es la mas apreciada : llámala cedro, pero del Líbano, que es el mas frondoso : llámala ciprés, pero de Sion, que es el mas alto : llámala palma, pero de Cadés, que es la mas elegante : llámala mirra, bálsamo, plátano ; pero mirra escogida, bálsamo sin mezcla, plátano de aquellos que se erian junto á las corrientes de las aguas. ¿ Qué indica este modo de hablar ? Indica que cuando Dios quiso formar á la que habia de ser su Madre, la formó de cuanto hay de mas bello, de mas perfecto, de mas admirable en el universo. Al modo que un pintor, poniéndose diferentes imágenes á la vista, copia de cada una la principal perfeccion, y de todas juntas forma sobre la tela una imagen perfectísima ; así Dios fué escogiendo lo que vió mas perfecto en cada una de sus obras, y tomando, por ejemplo, de los Serafines el amor, de los Querubines la sabiduría, de los Tronos la majestad, de las Virtudes el poder, de los Ángeles la inocencia, de los Patriarcas la fe, de los Profetas la

claridad, de los Apóstoles el celo, de los Doctores la luz, de los Mártires la constancia, de los Confesores la piedad, de las Vírgenes la pureza, todo lo reunió en María, como á primogénita que era entre todas las criaturas.

No se contentó el Señor con darle todas las perfecciones que se hallan repartidas entre las otras criaturas, sino que se las dió en toda su perfeccion, separando de ellas los defectos de que suelen ir acompañadas. Ella fue niña ; pero ¿ qué tuvo de la niñez ? La inocencia, el candor, la amabilidad ; no la ignorancia, no la flaqueza, no los caprichos. Ella fue vírgen ; pero ¿ qué tuvo de la virginidad ? La entereza, el honor, el mérito ; no la infecundidad, no el aislamiento, no el desamparo. Ella fue madre ; pero ¿ qué le cupo de la maternidad ? La presidencia, la autoridad, el mando ; no el menoscabo de la pureza, no los dolores del parto. Ella tuvo cuerpo ; pero ¿ qué cuerpo ? De un temple celestial, que jamás experimentó ni la mas ligera indisposicion, ni el mas pequeño movimiento de sensualidad, ni el menor desarreglo de pasiones. Ella fue hermosa, ¡ oh ! la mas hermosa de las mujeres : *Pulcherrima inter mulieres* ; pero ¿ qué hermosura fue la suya ? Hermosura que jamás despertó en nadie un mal pensamiento ; antes por el contrario inspiró el amor á la pureza á cuantos la miraron.

En vista del amor inefable con que el Señor ha honrado á María santísima, y de las perfecciones casi infinitas que ha reunido en ella, ¿ habrá entre nosotros quien no la honre, no la ame, no le profese la mas tierna devocion ? No olvidéis que, siendo ella la criatura mas amada de Dios, es tambien la que tiene mas valimiento acerca de él, y la que puede alcanzarnos mayores gracias. Lo que no alcanzaréis por su mediacion, á buen seguro que no lo conseguiréis por la de ningun otro Santo, aunque intercedan por vosotros todos los Santos del cielo juntos. Mirad sino cómo se explica el mismo Dios con Jere-

mías. «No me ruegues, Profeta, le dice, no me ruegues por «tu pueblo, ni te canses en ofrecermé por él holocaustos y sacrificios; porque te aseguro que no te oiré: *Tu ergo noli orare pro populo hoc... quia non exaudiam te*¹. ¿Cómo, Señor, no admitís la intercesion de un hombre tan santo como Jeremías? «No, dice, no la admito: *Non exaudiam*.—¿Y si con Jeremías se juntasen Moisés y Samuel, hombres santísimos, y todos juntos intercediesen por vuestro pueblo, ¿qué, Señor, ¿qué? ¿tampoco los oiríais?—Si Moisés y Samuel, responde, vienen á hablarme á su favor, me los quitaré de delante, y les mandaré que no comparezcan mas en mi presencia: *Si steterit Moyses et Samuel coram me... ejiciam illos à facie mea, et egrediantur*².»—Y si se os presentase, Señor, algun otro Santo de mas mérito que estos ¿tampoco le oiríais?—Segun quién fuese, contesta.—Suponed, Dios mio, que es vuestra augusta Madre.—«¡Oh! contesta por boca de Salomon, á esta sí que nõ la puedo desechar: pida cuanto quiera, que no le rehusaré cosa alguna: *Neque enim fas est ut averteam faciem tuam*³.» ¿Habeis oido, cristianos? A los demás Santos á veces Dios no los escucha, y hasta les prohíbe hablar en su presencia; pero á María santísima siempre la oye, siempre la atiende, siempre la complace.

Será tal vez por esto que Jesucristo nos aconseja que, cuando queramos alcanzar alguna cosa de él, imitemos la astucia de la serpiente: *Estote ergo prudentes sicut serpentes*⁴. ¿Y en qué ha manifestado la serpiente mas astucia? En el modo con que procedió cuando quiso tentar á nuestros primeros padres. Parece que mientras iba á proponerles la tentacion, se detuvo allá á la puerta del paraíso, y se puso á hacer consigo este dis-

¹ Jerem. vii, 16. — ² Ibid. xv, 1. — ³ III Reg. ii, 20.

⁴ Matth. x, 19.

curso: «¿A quién acometeré primero, al hombre ó á la mujer, á Adan ó á Eva? Si voy directamente á Adan, me expongo á no conseguir nada, porque el hombre es de carácter muy formal, y dificilmente se doblega. Probemos antes á la mujer, veamos si Eva se deja seducir: esto no será muy difícil, puesto que la mujer es de un corazon blando, flexible y que sin gran dificultad se deja conquistar. Si lo logro, ya lo tengo todo: como que Adan la ama tan tiernamente, no sabrá resistir á sus instancias, y así por medio de ella conseguiré que consienta en el pecado.» Así discurrió la taimada serpiente, y por cierto que el discurso no le salió mal.

Ved ahora, cristianos, en qué debemos imitar á la serpiente astuta. ¿Queremos alcanzar de Dios alguna gracia? ¿A quién acudirémos primero, al Hombre ó á la Mujer, á Jesucristo ó á María santísima? Si vamos directamente á Jesucristo, y él nos trata segun merecemos, nos exponemos á llevarnos repulsa, y á que ni tan solo nos permita hablar en su presencia. Vamos, pues, á la mujer, vamos á María santísima, veamos si logramos interesarla en nuestro favor. Si lo conseguimos, lo que no será difícil atendida la bondad de su corazon, ya lo hemos conseguido todo; pues con el ascendiente que ella tiene sobre el corazon de Jesucristo, nos alcanzará cuanto nos sea conveniente.

Bien conoce el demonio cuán poderoso es el valimiento de María santísima, y por esto nada procura tanto como que nunca acudamos á ella. No parece sino que, lleno de rabia y despecho, tira contra cada uno de nosotros aquellas mismas palabras con que Dios le oprimió allá en el paraíso cuando le dijo: Yo pondré enemistad entre tí y la mujer: *Inimicitias ponam inter te et mulierem*¹. Sí, dice el maligno, yo pondré enemistad

¹ Gen. iii, 15.